

MUJERES Y HOMBRES DE ANTES Y AHORA.

Por **GEMA**

A finales de los años 60, en un pueblo al sur de la Campiña Sevillana, pasaban una madre y su hija junto al arco Almohade que se erigía majestuoso, testigo de acontecimientos históricos inimaginables para muchas personas que actualmente transitan por sus pasos, mientras se encaminaban a los jardines en los que se celebraban las fiestas patronales.

La madre mujer, viuda que había sufrido y trabajado mucho en la vida para sacar adelante a tres hijos además de a su marido enfermo de corazón, era una mujer muy atractiva y coqueta, ya no digo guapa, pero si deseable a los ojos de los hombres y envidiable a los ojos de la mujeres.

Las proposiciones de los lugareños no le faltaban, y no solo de los solteros o viudos, también de los casados y estos con mas ansias de tenerla porque creían tener vía libre solo por hecho de que fuera viuda y estuviera sola, pero ella siempre los rechazaba, pues la mayoría actuaban sin un ápice de cortesía para después pedir permiso.

La experiencia le enseñó que en la vida existían dos clases de hombres; los pobres, miserables, sin dinero y con el ego subido, a los que le gustaba presumir en la tasca de turno frente a otros necios de su hombría, incluso llegaban a fanfarronear ante los amigos, llegando a hacer apuestas de que eran capaces de hacer suya a cualquier desgraciada que se le pusiera por delante.

Muchas veces ella había sido testigo, a través de las rendijas de la puerta del bar que regentaba su padre, de las muchas medallas de las que los clientes alardeaban y de las miradas de otros que babeaban de la envidia de no haber podido ser ellos los afortunados de tales hazañas.

La otra clase de hombres eran los ricos despreciables y miserables, los cuales tenían doble poder sobre las mujeres, el poder de ser hombre y el de tener dinero, que les hacían ser casi intocables en esa época. Ésta clase de hombres no les conocía de verlos a través de las rendijas, del bar al que no podía acceder pues le tenían prohibido entrar en estos locales porque decían que no eran sitios adecuados para mujeres decentes, sino porque los había sufrido en propia carne.

Al poco tiempo de casarse, cuando aún vivía su marido, ambos trabajaban para un terrateniente dueño de grandes extensiones de cultivo, el cual quedó embelezado del atractivo y encanto de ella nada más verla. Todos los días se le insinuaba, incluso la agasajaba con regalos que ella prudentemente rechazaba, su insistencia cada vez iba a más, de una manera o de otras, pero ella nunca aceptaba. Lo que solo empezó como una insinuación, se convirtió en un propósito, el de conseguirla. Ya no era solo el hecho de que ella no lo aceptara, era que le tocara en su orgullo, un

hombre como él que todo lo había tenido en la vida, ¿Cómo podía ser que una simple mujer no lo aceptara?

Como de buenas maneras no la lograba, decidió utilizar otro modo. Cuál era el punto débil de ella del que él se pudiera beneficiar. Por supuesto sus hijos, los cuales estaban en la edad de empezar a trabajar, claro que en esa época los niños de 11 años ya son buenos para realizar tareas. Y como no su marido, él tampoco se encontraba en una situación muy afortunada, padecía unas dolencias cardiacas que habían desembocado en varios ataques de corazón y se pasaba la mayor parte del tiempo ingresado en el hospital, apenas podía hacer esfuerzos y mucho menos trabajar.

A pesar de la angustia de la desdichada mujer de ver a sus hijos realizando tareas tan duras a su corta edad, más propias de hombres, no tuvo mas remedio que ponerlos a merced del abusivo señorito para ayudar económicamente y poder complementar la incapacidad de su marido.

Los encargados del cortijo comenzaron mandando a los chicos tareas asequibles para ellos, y en proporción a sus cortas edades y experiencia. El *conoceó* se hizo cargo del mayor de los hermanos, asignándole la revisión de las cercas de los animales, el baño de los caballos después de que regresaran los caballistas, entre otras tareas y el pequeño de ellos quedo a las órdenes del *operaó*, al cual le encomendó la tarea de ayudar a los mecánicos y tractoristas en los talleres. Pero esto no tardó mucho en cambiar, el señorito se encargó de manejar la situación dando órdenes a los encargados de que cambiaran las condiciones laborales de los pequeños hermanos endureciendo sus trabajos.

Cada mañana muy temprano ella veía, desde la Gañenía, encaminarse a sus hijos uno hacia la era y el otro hacia las cuadras. Como les hacían cargar sacos de trigo, de abono, balas de heno, monturas más grandes que ellos y tan pesadas que apenas podían con ellas, las tareas se prolongaban durante todo el día, por eso, cuando llegaban a casa, estaban tan cansados que apenas se podían mover.

Pero todo esto y otras que no se mencionan, no hicieron doblegar a la mujer que sufrió durante años los acosos de aquel abusivo hombre.

El día de las fiestas patronales madre e hija caminaban por el paseo, la hija era ya una jovencita también bastante atractiva al igual que su madre, es lo que todos comentaban, claro que solo los que las estimaban lo decían a la cara, los demás si eran hombres lo reflejaban en sus miradas de deseo y si eran mujeres con los ojos de la envidia. Tanto la madre en su madurez y mucha experiencia, como la hija en su juventud e inocencia, hacían caso omiso a las provocaciones y desafíos de todos, solo querían vivir tranquilas y ser felices dentro de lo posible.

Acogidas por una señora bastante avara, dueña de la posada donde vivían, ayudaban en la cocina para ganar el derecho a una pequeña habitación

donde tenían sus escasas pertenencias. Para sobrevivir, en las pocas horas libres que la posadera les dejaba, se dedicaban a hacer tortas y venderlas por la calle, no daba para mucho, pero si lo suficiente para mantenerse.

Siempre iban modestamente arregladas, confeccionaban sus ropas ellas mismas, cosa que hacían muy bien, conocimientos y herencia que habían recibido de su madre y abuela materna, mujer muy experimentada en el arte de la sastrería.

El domingo de fiesta las dos Lucian un precioso vestido, digno de afamadas princesas, que acababan de hacerse con telas que un comerciante huésped de la pensión les había vendido. A su paso, todos las miraban creando envidias entre las mujeres y admiración entre los hombres.

Había en el pueblo un hombre casado, con fama de mujeriego, bastante atractivo pero con la mala costumbre de perseguir a todas las mujeres que se cruzaban en su camino - ¡y las que no también!. A las que le rechazaban, él insistía con mayor ahínco, por eso al ver a la atractiva y encantadora viuda inmediatamente pasó a la conquista. Ella seguía en su tesitura de no dejarse embelesar por ningún encanto masculino, muchas veces lo intentó, pero esta solo veía en él, un hombre guapo con un encanto especial y una ternura que llegó a aceptar como la de un buen amigo al que admiraba en sus virtudes. Su pico de oro, su caballerosidad con las mujeres y su gran corazón, llevó a que ambos se hicieran grandes amigos, y en consecuencia a crearse grandes enemigas entre las mujeres, en concreto de una, la soltera del pueblo. Esta cualidad se la tenía ganada no como creéis todos por su fealdad, que por cierto así era, sino por el mal que albergaba en su corazón, como dice el refrán; “siempre hay un tiesto para una masetta”, y por muy fea que seas si tienes buena semilla, los que te miren el alma solo verán la belleza en ti.

Esta mujer se había encaprichado del seductor Don Juan, al cual le sobraban mujeres guapas con las que estar, con lo cual no se fijaba ni mucho menos en las que por desgracia eran feas o poco agraciadas. Ella siempre andaba buscándolo, insinuándosele, pero por aquella época él solo pensaba en la forma de conquistar a la viuda, cosa que a ella no sentó muy bien, por lo que decidió buscar la forma de desprestigiarla y así quitarse de en medio a esta persona que le hacía sombra e impedía que su amor se fijara en ella. A medida que pasaban los días el rencor y el odio se hacía mayor, y la poca cordura que le quedaba la empleó en injuriar por todo el pueblo a la causante de su mal.

La viuda haciendo acopio de su serenidad, intentaba que no le afectaran anímicamente los comentarios e improperios hacia su persona, pero lo que no aceptaba eran las calumnias y el mal que podía causar al prestigio y al bienestar futuro de su hija.

Ese mismo día del paseo, la ya rabiosa mujer vio como pasaban madre e hija riendo, lo que le causo una ira irrefrenable que iba en aumento. Su

intención era pasar junto a ellas rebasándolas y volviéndose atrás una y otra vez intentando provocarlas, como ambas no hacían caso a sus insinuaciones, aumentaba un mayor enojo en ella. Ya no se conformaba solo con pasar junto a estas y mirarlas riendo, sino que empezó a insultar y difamar, hasta que por ultimo en una de sus pasadas dio un empujón a la madre provocando que ésta diera un traspiés que casi le hace caer al suelo, al tiempo que las llamaba brujas. Esto incomodó bastante a la mujer que intentaba frenar sus ganas de acometer sobre la infeliz incordiadora, pero conocía las consecuencias que podría traer el contestar a su provocación, por lo que cerró los ojos, contó hasta diez e intento armarse de paciencia y cordura. Pero la hija era más joven y no tan prudente, sin pensarlo y fuera de sus casillas, se abalanzo sobre la maquinadora mujer, agarrándola de los pelos la tiro al suelo, a pesar de que la mujer era más fuerte y la joven mas endeble, no movía ni un dedo por defenderse de las acometidas y guantadas que la impulsiva jovencita le lanzaba, su objetivo lo había conseguido, había hecho que todos los vecinos y en mayor medida las vecinas del pueblo la vieran como la pobre mujer indefensa tirada en el suelo y, sobre ella la incontrolable y loca joven.

Las mujeres y algunos hombres seguían acercándose para curiosear los hechos que estaban aconteciendo alrededor de la fingida mártir que no paraba de instigar a todos para que no dejaran irse a las dos injustamente acusadas mujeres.

Al igual que un linchamiento de brujas de la edad media hubiera sido aquello si la madre no hubiera tirado de la hija diciendo; ¡vámonos pronto de aquí!. Ambas corrían en dirección contraria a la que habían traído pero la gente les cortaba el paso a medida que avanzaban. Como pudieron lograron llegar a una calle en la que había un pasaje que comunicaba con una de tantas Iglesia que había en el pueblo, nuestra salvación pensó la madre, mientras intentaba localizar al párroco para hablar con él. La hija, recostada sobre el quicio de la puerta, intentaba recuperarse de la carrera a la vez que vigilaba la entrada, pero una de las perseguidoras que las había visto refugiarse en la iglesia, dio la voz de alarma y todas las mujeres que se habían puesto en pie de guerra en contra de ambas, incitadas previamente por aquella despechada mujer, acudieron allí.

Mientras el cura intentaba calmar aquella muchedumbre de mujeres encolerizadas, madre e hija escapaban por la puerta de atrás, como si fueran fugitivas que hubieran cometido el peor de los delitos. Todas sus pertenencias se hallaban en la posada pero, por temor a que las esperaran y pudieran hacerlas daño, la madre se opuso a regresar y recuperar su posesiones, por lo que no tuvieron más remedio que huir del pueblo cuan fugitivas dejando allí incluso los pocos enseres que tenían. De esa manera dejaron aquel pueblo y a sus injustos habitantes, poniendo rumbo al sur en la búsqueda de tranquilidad y de mejores conciudadanos.

Ahora, y según mi larga experiencia, soy yo la que digo al igual que aquella señora viuda en su momento dijo: “existen dos tipos de mujeres, las que son tus amigas del alma, con las que se puede hablar en voz alta y las que son tus enemigas, cuyo mayor lema al que hacen elogio es la envidia de la que creen carecer”.

Pero no penséis que este tipo de historias solo se daban en las mentalidades de las gentes de aquella época, yo tendría mucho que decir de las mujeres y hombre de hoy en día y sobre los linchamientos de inocentes pero, eso es otra historia que en alguna ocasión tendré tiempo de contaros.

G.O.M